

GABRIEL JIMÉNEZ EMÁN¹

CAUTELA

Debo entrar muy cautelosamente a esta página, no vayan a despertarse antes de tiempo todos los fantasmas.

EN LA BIBLIOTECA

Estaba quieto, casi oculto, mirando desde la biblioteca el ambiente del cuarto de estudio, a medida que se iluminaba desde el exterior con los rayos del sol que empezaban a entrar por las ventanas entreabiertas. Una suave brisa matutina entró por los postigos de las ventanas y removió algunas hojas en los escritorios cercanos. La luz hizo un movimiento repentino e iluminó con fuerza casi todo el estudio, dejando ver los estantes de libros.

La puerta principal del estudio comenzó a abrirse, empujada por la mano del hombre que entró en ese momento, y entonces lo percibió de cuerpo entero. Se le quedó observando: en efecto le veía débil, cansado, quizá enfermo, incluso abatido. El hombre se sentó en la silla giratoria del escritorio principal y estuvo tentado a encender un cigarrillo pero lo dejó, triturándolo contra el cenicero sin encenderlo.

¹ Narrador, poeta, ensayista, antologista venezolano. Se desempeña como editor y asesor del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg) y como director de *Imagen, revista latinoamericana de cultura*, en el Ministerio del Poder Popular para la Cultura. Sus más recientes publicaciones son: *Consuelo para moribundos y otros microrrelatos* (2011), *Cuentos y microrrelatos* (2012), *Gabriel Jiménez Emán. Literatura y existencia* (2013).

Tomó un control remoto que estaba cerca y lo accionó para encender el tocadiscos que estaba empotrado en la biblioteca, de donde surgió el sonido tenue de una música de guitarras. Fue hacia la ventana y terminó de abrirla, para respirar mejor el aire de la mañana y observar un rato el jardín donde había distintas flores, caminerías zigzagueantes y pinos perfectamente podados. Se escuchaba a lo lejos el canto de los gorriones.

Se devolvió en dirección a una pequeña nevera, de donde sacó un vaso, le colocó un hielo y vertió de una botella un chorro de whisky hasta la mitad, que luego removió con el dedo índice y probó, con gesto de satisfacción. Se quedó mirando las estanterías de libros y desde ahí detuvo la mirada justo en una en la que sabía se encontraba. Se acercó a ella y sacó sus lentes del bolsillo para verlo mejor.

Lo tomó y abrió. En ese instante el libro comenzó a leerlo.

LA OBRA

He concebido al fin la obra, la obra de mis obras. Contiene los textos, testimonios, aspiraciones y ficciones de toda mi vida, una peculiar selección cuidadosamente corregida a lo largo de los años, que dejo como legado en este paso por la tierra. Y ahora debo ponerla a resguardo, pues ella seguramente va a marchar en zigzag por el mar de la literatura, hacia delante y hacia atrás, buscando adquirir significados diferentes, remozados con el paso del tiempo. Quisiera ir con ella pero no puedo; ella es más veloz, se moverá en el pensamiento de los demás, de los lectores, los cuales a su vez cumplirán su papel de multiplicadores, y así la obra irá adquiriendo nuevas resonancias y perspectivas. Cuando alguien abra este libro dentro de doscientos años o más, una vez que haya sido traducido a otros idiomas y se percaten en varias latitudes de todo el empeño que le puse para perfeccionarlo y no dejar ningún cabo suelto, lo cual me llevó a desarrollar un talento peculiar para la escritura, percibirán a través de él de todos los afanes y vicisitudes de mi época; mi obra de seguro será estudiada por académicos y críticos literarios, y quizá hasta se cree un club de lectores especializados para escudriñarla.

En todo ello pienso cuando la llevo a un sitio seguro, a la biblioteca más importante de esta ciudad y de este país, donde será archivada con un código y una cota para la posteridad, será escaneada

y digitalizada y llevada a los más insólitos formatos del futuro, donde será leída por generaciones.

La pongo en el maletín y me encamino a la calle, a tomar un taxi. Ahí voy, afuera está lloviendo un poco, la llovizna moja mi chaqueta y mi sombrero, cruzo la avenida hacia la línea de taxis y la llovizna se va tornando rápido en aguacero, y no me percató de la situación de una alcantarilla rota, en la acera de la calle, sobre la que pongo el pie, y al hacerlo en uno de los extremos ella se rueda y me voy bruscamente de lado, de modo que mi maletín se desprende de mi brazo y va a dar luego al fondo de la alcantarilla rota, llena por un torrente de agua, por donde fluye ahora el maletín con mi obra al próximo desaguedero. Yo caigo sentado en medio de la calle, mirando bajo la lluvia copiosa cómo se despidе de mí, sintiendo cómo se desliza por las tuberías de la gran ciudad hasta ir directamente a zambullirse a alguna parte del gran océano.



© *La obra (RANLE)*